

Arles, Procida, Straelen, Tarazona: veinte años de memoria literaria.
A la memoria (esperanzada) de María Galli-Zugaro:
retrospectiva y deseos, vida y muerte
Miguel A. Vega Cernuda

Panta rei, "todo pasa" fue la desencantada percepción de Heráclito en el profundo ser de las cosas. Pero bendito sea el pasar, si la fecundidad del mismo te hace perenne. Veinte años han pasado desde que Elmar Tophoven en Straelen, Annamaria Galli-Zugaro en Procida, Paco Uriz en Tarazona y Jacques Thieriot en Arles hicieran surgir de la nada esas casas madres de la traducción, esos espacios de acogida de los traductores literarios. Ellos, sus antecesores (no habría que olvidar a la hispanizante Paquita de Arles) y sus sucesores han liderado unas instituciones, no gubernamentales como casi todo lo mejor, que han servido de ambiente al "amor intelectual" de esa pobre gente que lleva en su interior la pasión por la palabra del otro. Son los traductores especie de orden mendicante de la cultura que, creyendo todavía en la lectura, a cambio de una desdeñosa caridad (la que una sociedad de medios, tecnologías y cotilleos concede a todo lo que no tiene perspectiva de éxito, a todo lo que no es susceptible de albergarse en "torres gemelas"), contribuye a que todos los hombres se hagan miembros de una misma especie. La integración de lo propio y lo ajeno es la tarea monacal que estos ilusos llevan dentro. A cambio piden, resignados a la supervivencia, atención, apoyo y, si es posible, cariño. Y en el mejor de los casos un mínimo espacio donde establecer su interior y elemental "torre de marfil".

Para atender esta querencia se fundaron en los 80 los colegios de traductores literarios. De una idea de Elmar Tophoven, romanista alemán, salieron inicialmente cuatro colegios (Straelen, Arles, Tarazona y Procida) que constituyeron el núcleo alrededor del cual se aglutinarían otros centros que, recientemente, se han ido constituyendo en red europea. En ellos, esos pontífices de la palabra humanamente revelada realizan su trabajo. En el retiro de esas bellas localidades que le prestan su calor, su ambiente, su color, el traductor dialoga, in absentia, con el autor, al que fecunda, multiplica y hace universal. Allí, a la inversa de los tiempos que corren, contra corriente, los traductores niegan la mastodóntica aldeanización de lo global y proponen la globalidad de lo

aldeano, de lo pequeño, de la distancia corta, del silencio, de la laboriosa tranquilidad, de la compra del pan cotidiano o del disfrute de un "caldo" local sin denominación de origen como postulado de humanidad, de fecundante particularidad universalizadora.

Son ya cinco años desde que Jacques dejara en manos de Claude la dirección del college de Arles y cuatro desde que la muerte arrebatara el timón del EÜK de Straelen a Klaus Birkenhauer. Más de quince años han pasado desde que Galli Zugaro escogiera el encanto cítrico del sur italiano como abrigo para el trabajo del traductor. Como a los otros centros europeos, también al de Procida le movió el espíritu de la hospitalidad. En Procida, Annamaria acogió (como en Tarazona Paco y Maite, en Arles Jacques y Claude y en Straelen Klaus) a centenares de traductores que algún día, cuando la traducción sea, de una vez por todas, parte de la consideración histórica e historiográfica, habrá que tener en cuenta. Los resultados de la labor desarrollada entre la estrechez de sus callejas, frente al mar partenopeo, en medio del dorado de los limoneros, al amor de un limoncello y en la vetustez de sus edificios, son centenares de obras literarias, de y al italiano las que han extendido esa "nuestra" cultura italiana que, gracias a ello, se ha hecho más patrimonio europeo, más patrimonio universal.

En su vetusto *palazzo* procidano, Annamaria portó el recuerdo, la historia de muchas dificultades y muchos desengaños; la memoria, por ejemplo, de un traductor alemán que escogió Procida como estancia definitiva y el colegio como heredero. El regusto de sinsabores pasados no debería estorbar las ilusiones para un futuro en el que Procida siga acogiendo en su peculiaridad (lo es por el mero hecho de ser napolitana: decadente, vital, inmigrante, patricia, caótica, cordial, contaminada y pristina) a todos los que, llevados del amor a la palabra, necesiten a la vez retiro y contacto humano, a todos los que necesiten estar solos en compañía para hacer más fecunda la paradójica ecuación creadora del silencio y la palabra.

Ojalá que la sociedad y las autoridades italianas se den cuenta de que en el retiro de Procida, patria del revoltoso iniciador de las vísperas sicilianas, allí donde averno y olimpo parecen hermanarse, la literatura italiana tiene un cable de fibra literaria que conecta el país con el resto del mundo.

Por suerte no solo la muerte incide sobre la precaria existencia de estos entes constituidos, aleatoriamente, por la convivencia de personas que en ellos se concentran para estudiar la palabra de otros. La vida sigue y

la voluntad de vida ha retirado a Maite y a Peter de su dedicación a los colegios de Tarazona y de Norwich respectivamente. Que la vida que han creado y la que han comenzado compensen un retiro voluntariamente y cuerdamente asumido.

Y que Tarazona no vea rota su trayectoria por un interregno. El cambio, también de gobierno municipal, obliga a ello. Que no digan después.

Miguel A. Vega

**UN VETERANO DEL INSTITUTO
UNIVERSITARIO DE LENGUAS
MODERNAS Y TRADUCTORES PREMIO
NACIONAL DE TRADUCCIÓN 2003
Miguel. A. Vega**

Eustaquio Barjau es el cuarto profesor complutense que en los últimos años consigue el Premio Nacional de Traducción: García Gual, Luis Gil, García Yebra y Eustaquio Barjau hacen honor a los orígenes de una Universidad que en la cisneriana *Biblia Complutense* hizo un alarde de amor a la versión. Si en anteriores ocasiones habían sido representantes de la filología clásica los que habían conseguido el galardón, en el caso de Barjau ha sido la literatura moderna la que, a través de su actividad como traductor, ha accedido a los honores que semejante premio supone. Profesor de Filosofía reciclado para la Literatura Alemana, catalán en Madrid y melómano de afición, el tiempo, que no perdona, le ha obligado a abandonar una actividad, la enseñanza de la filología alemana, a la que ha dedicado vida y milagros. Uno de estos lo hizo al par-

ticipar como actor en la filmación de un libro de su amigo Peter Handke. Como profesor emérito en el Dpto. de Alemán de la Complutense y como profesor del Instituto de Lenguas Modernas y Traductores hoy sigue unido con el cordón umbilical de la enseñanza a una alma mater a la que honra, cosa que a la inversa no siempre sucede. El fue uno de los primeros profesores que en mitad de los 70 hicieron despegar el Instituto de Traductores. Hablar de Handke, de Frisch o de Rilke en español pasa necesariamente por las traducciones de Barjau. Deseamos que su magisterio pueda seguir orientando a las promociones de estudiantes de traducción que pasan por nuestro Instituto.

Miguel A. Vega